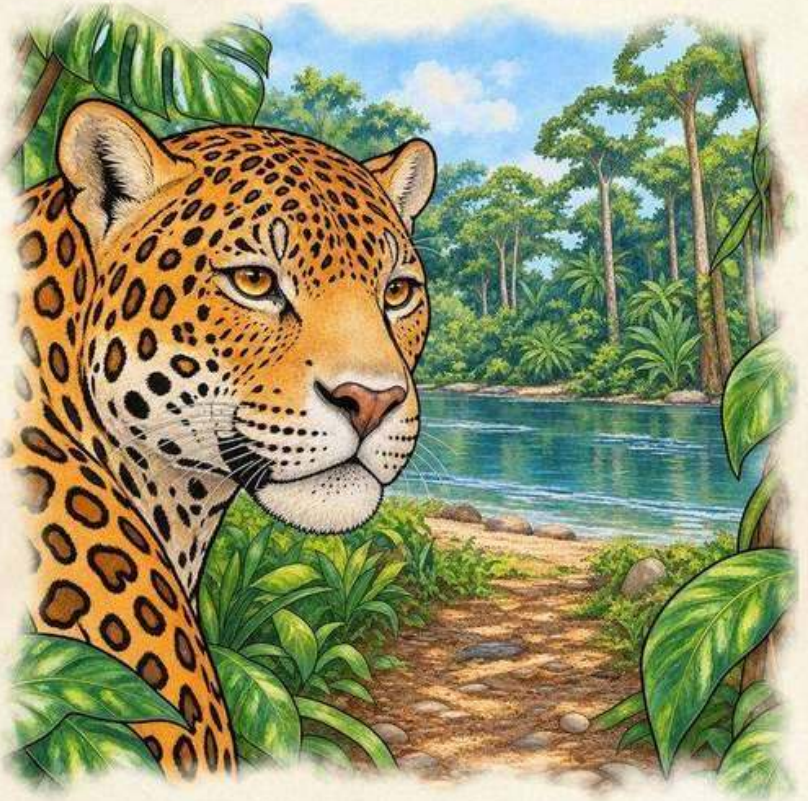
Fauna Guardianes BALAM

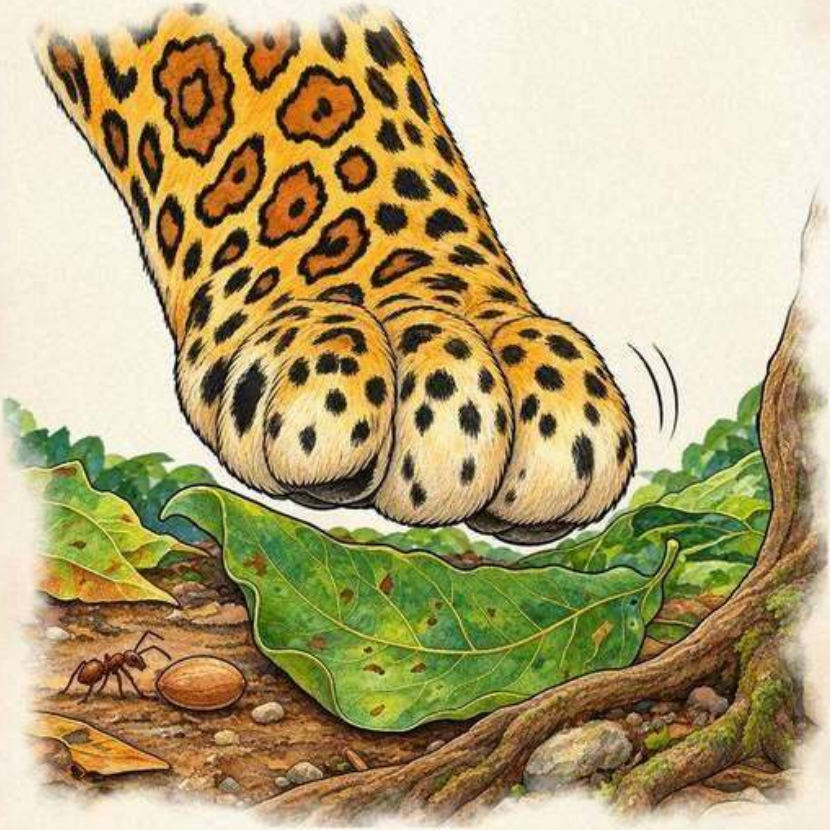
La ruta cortada



Una aventura ilustrada

10 años en adelante

Algo viene



Ek levantó la pata. La hoja que acababa de pisar seguía temblando.

«¿Lo oíste?»

Balam ya se había detenido unos pasos adelante. Por debajo de los grillos corría un rumor grave. Crecía, se apagaba y volvía a crecer.

El joven pegó una oreja al suelo.

«Es algo enorme.»

Balam entreabrió la boca para probar el aire.

«Y viene de donde está nuestra agua.»

El fondo de la aguada

Habían dejado atrás una aguada casi vacía. Ek había lamido el barro del fondo y todavía sentía ese gusto entre los dientes.

«Las grandes no se secan tan pronto», le había asegurado Balam. «Están al otro lado del monte.»

Ahora el joven miró hacia atrás. Volver era regresar a aquel fondo sin agua. Seguir era acercarse al ruido.

«¿Falta mucho?»

Balam escuchó otra vez.

«Antes, desde aquí faltaba poco.»

Ek frunció el hocico. Habría preferido que el guardián no dijera *antes*.



Un mensaje borrado



Junto a un tronco, Balam olfateó la corteza. Buscaba su marca: el olor con que avisaba a otros jaguares que aquel territorio ya tenía quien lo recorriera.

Ek pasó de largo. El guardián lo llamó con un gruñido breve.

«Aquí.»

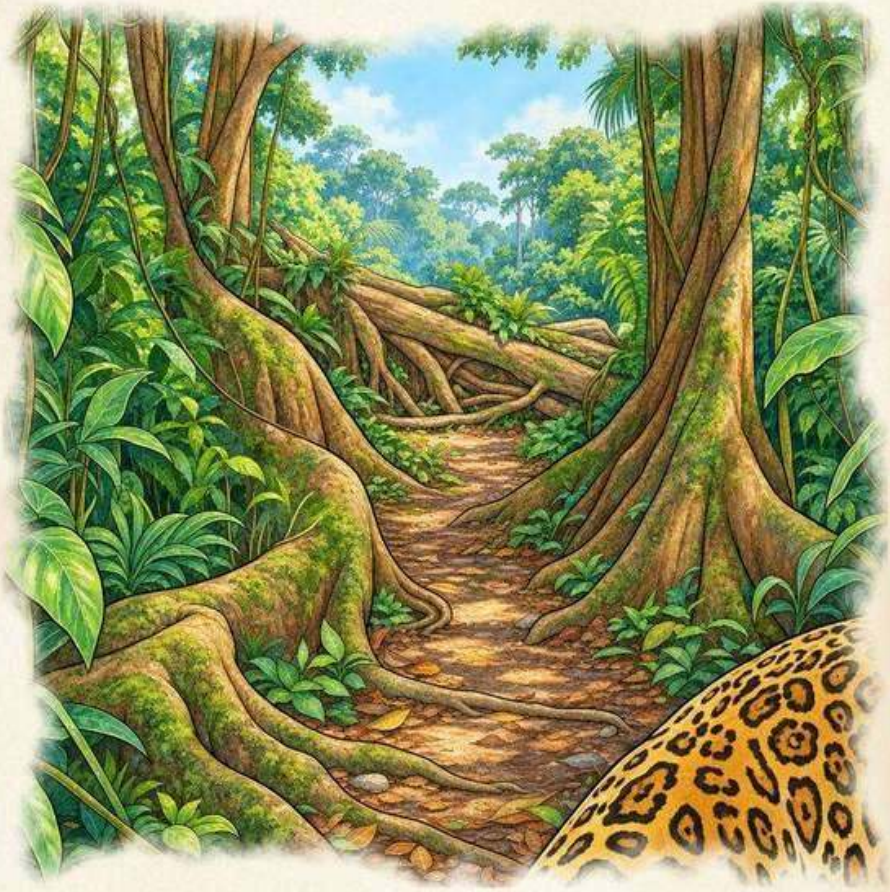
El joven volvió, fastidiado, y acercó la nariz. Tierra. Madera. Y encima, un olor áspero que le hizo apartar el hocico.

«Eso no es tuyo.»

«No. Ni de ningún animal.»

Balam raspó la corteza. Había polvo claro sobre las hojas y una rama aplastada. La franja de polvo seguía hacia adelante, recta. En la selva nada camina tan recto.

El camino de su madre



Balam conocía cada recodo. Su madre lo había llevado por allí cuando él todavía tropezaba con las raíces. Tras la siguiente curva debía aparecer una ceiba; después, la bajada al agua.

Ek volvió a preguntar por el ruido.

Esta vez Balam no respondió. Caminó hasta la curva, apartó unas hojas con el hombro y se quedó inmóvil.

Donde debía estar la ceiba, entraba luz.

Toh no se posa



Un aleteo sacudió las hojas. Toh frenó frente a ellos, con las dos plumas largas de la cola abiertas como tijeras.

«¡No sigan!»

El momoto intentó posarse, cambió de rama y volvió a volar.

«Una línea cruza la selva. Por encima corren cosas con ojos de luz.»

«¿Qué hay detrás?», preguntó Balam.

«Desde arriba, árboles. Desde aquí...»

Un rugido se tragó el resto.

Ek ya estaba apartando las hojas.

La línea

El camino de la madre de Balam terminaba en el borde de una carretera.

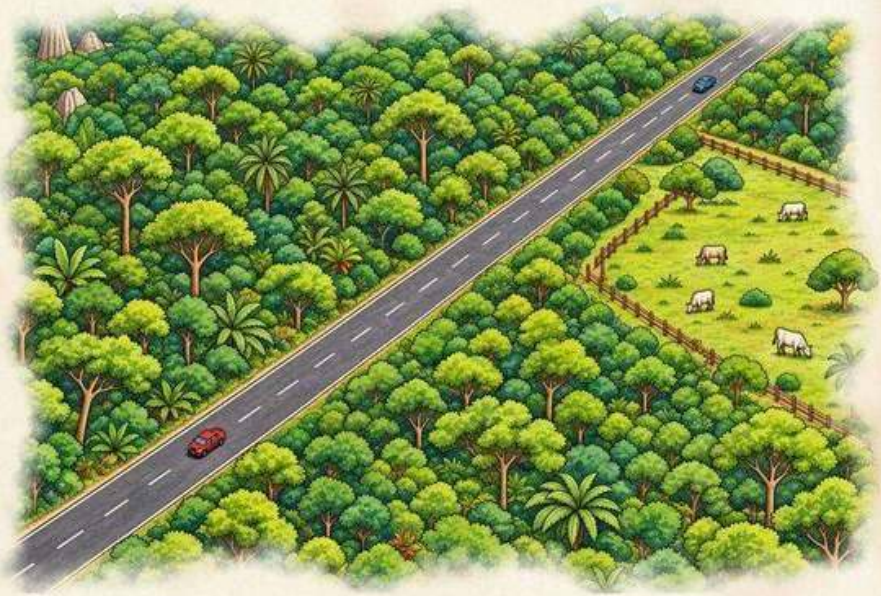
Ek vio pasar un automóvil. Luego otro, en sentido contrario. Entre los dos apareció, un instante, la selva de enfrente. Estaba tan cerca que dolía quedarse quieto.

Toh subió a una rama alta. Desde allí veía el corte entero: una raya gris de lado a lado del bosque, y potreros pegados al asfalto.

Balam no miraba los vehículos. Buscaba la bajada a las aguadas.

Ek lo miró a él.

El guardián que conocía cada recodo no sabía por dónde seguir.



Alambre y raíces



Balam avanzó paralelo al borde, sin salir de la vegetación. Allí estaba la ceiba: un tocón entre tierra removida. Más allá empezaba una cerca.

Ek olfateó una raíz cortada. Al otro lado del alambre pastaban vacas.

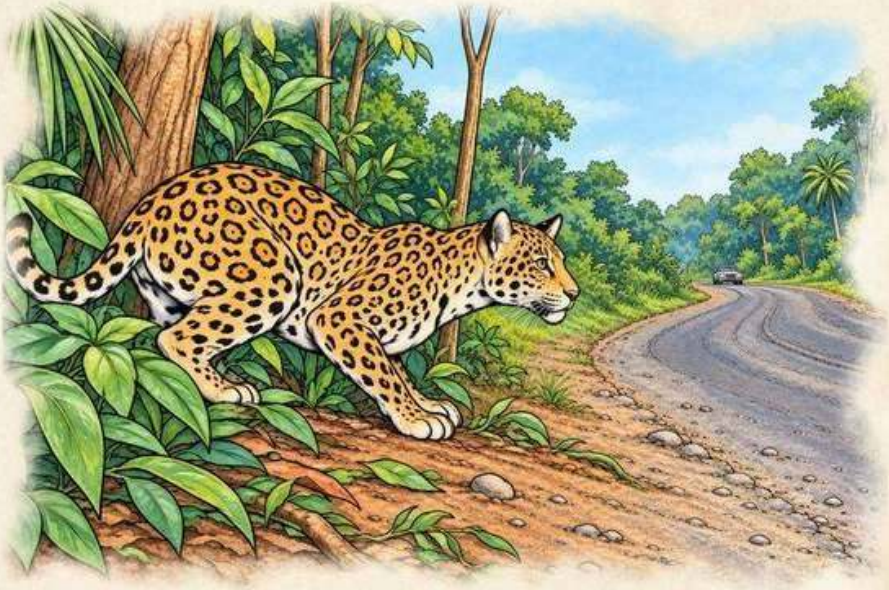
«¿Movieron el agua?»

«El agua sigue donde estaba. Se llevaron el camino.»

El joven buscó un hueco bajo la cerca, pero la carretera seguía de por medio. Balam lo llamó de vuelta.

Ek obedeció a medias. Se quedó mirando los silencios entre un vehículo y el siguiente. Uno de ellos duró más que los demás.

El hueco



Ek contó los latidos de su corazón. Uno. Dos. Tres. La carretera seguía vacía.

«Ahora.»

Balam giró la cabeza.

«No.»

El joven hundió las patas traseras en la tierra. Había medido la distancia hasta los árboles de enfrente: una sola carrera.

«¡Ek!»

Una luz asomó detrás de la curva. Después, otra. El ruido llegó antes de que Ek decidiera si aquello eran ojos.

Echó el cuerpo hacia adelante.

Balam se lanzó a cortarle el paso.

Las ruedas



Las ruedas del tráiler taparon todo lo que Ek alcanzaba a ver entre las ramas.

Un golpe en el hombro. El suelo se le fue de las patas. El mundo se llenó de hojas, de tierra, de un estruendo que no terminaba nunca.

El viento del camión barrió la orilla.

Ek quiso levantarse. Algo pesado se lo impidió.

Balam lo tenía contra el suelo.

«Quieto.»

Ni un paso más



El tráiler se alejó. Balam siguió plantado entre Ek y la carretera hasta que el joven dejó de forcejear.

«Me ibas a dejar sin aire.»

«Te ibas a quedar sin tiempo.»

Ek quiso responder, pero le temblaban las patas. Tenía una hoja pegada al hocico y ni siquiera se daba cuenta. El hueco que había medido ya no existía: pasó una camioneta, y luego otra.

Balam retrocedió con él hasta un tronco.

«He encontrado jaguares que no llegaron al otro lado.»

Ek miró la franja por donde habría corrido. No preguntó qué había sido de ellos.

La pregunta

Ek tenía la boca seca. Esta vez no era solo sed.

«¿Tú también tienes miedo?»

Balam miró hacia la curva por donde había aparecido el camión.

«Sí.»

El joven esperaba otra respuesta. Un plan. Una certeza.

«Entonces, ¿qué hacemos?»

Balam tardó en contestar. Toh se removió sobre ellos, impaciente por primera vez.

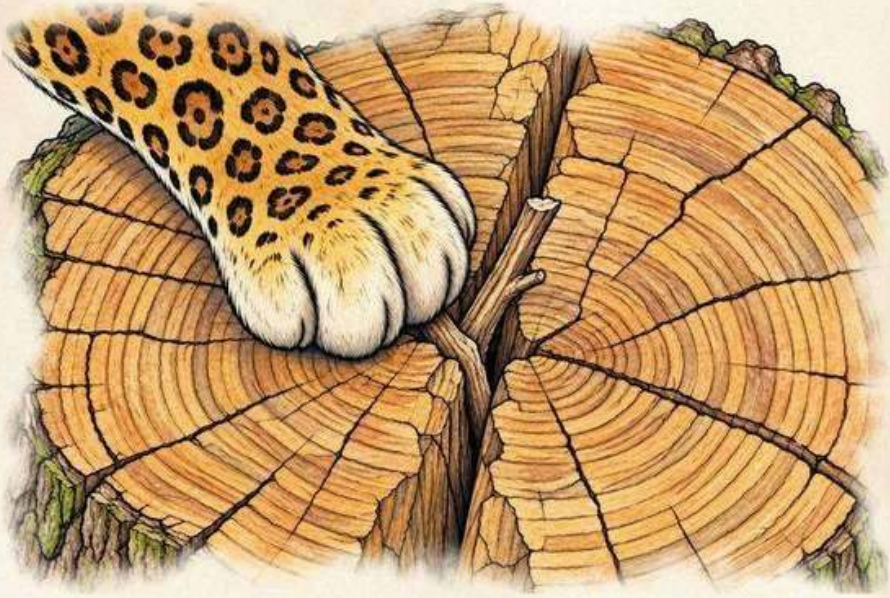
«Puedo mirar más adelante», ofreció el momoto.

Ek alzó la cabeza.

«Mira también cómo volver.»



Lo que queda de este lado



Mientras Toh se alejaba, Ek arañó la tierra junto al tocón.

«Podríamos buscar otra aguada. De este lado.»

«Esta noche, quizá. ¿Y la próxima seca? ¿Y cuando te toque buscar un territorio que no sea el mío?»

Ek dejó de arañar.

«De este lado ya conozco a todos los jaguares», siguió Balam. «Tú también los conocerás. Y no habrá ninguno más.»

El joven empujó una ramita dentro de la grieta del tocón. Se atascó.

«¿Y si la carretera no termina nunca?»

Balam levantó la vista hacia las copas. Toh no volvía.

Un desvío



Toh siguió la orilla desde las copas. La carretera no terminaba. Un claro, una cerca, otra cerca. Una ráfaga caliente lo obligó a abrir las alas.

Entonces vio algo distinto.

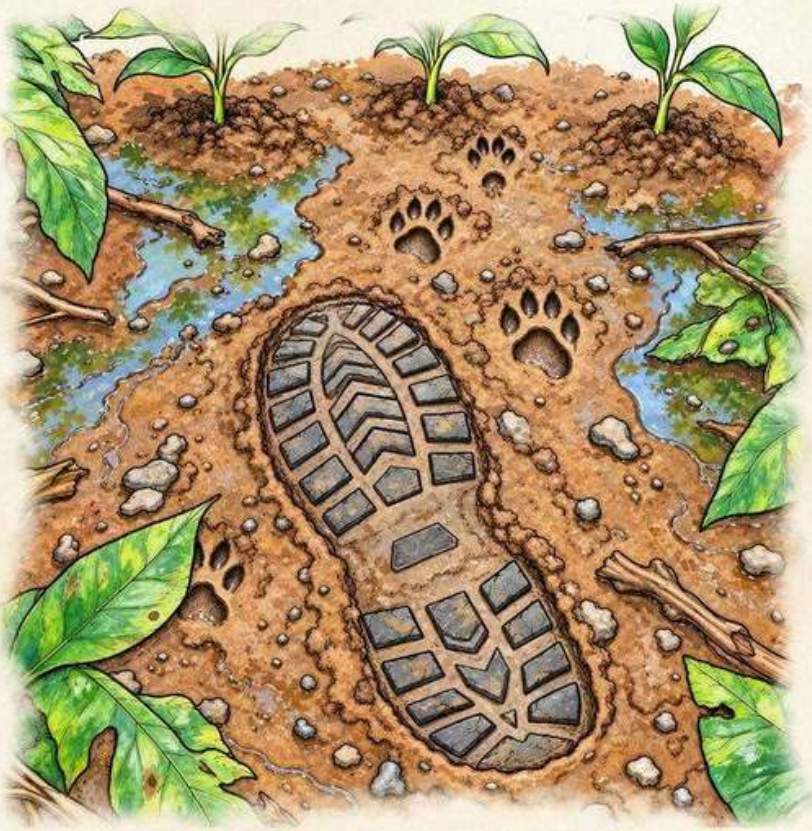
El terreno bajaba hacia un cauce. La carretera seguía recta, pero ya no descansaba sobre la tierra: algo la sostenía en el aire.

Toh descendió. Entre las piedras del cauce había huellas. Y junto a ellas, unas marcas mucho más grandes.

No se acercó más. Dio media vuelta y voló a buscar a los jaguares.

Cuando aterrizó, Ek ya estaba de pie.

Dos clases de huellas



En el barro del cauce había huellas de animales. Entre ellas se hundía otra cosa: líneas rectas, profundas, imposibles de confundir con una pata.

Ek olfateó el borde de la marca.

«Personas.»

Toh señaló con el pico. Las pisadas seguían hacia unos árboles pequeños, plantados a intervalos.

Balam avanzó agachado. Ek lo siguió.

Del otro lado de las hojas llegó un golpe de metal.

Los dos se quedaron quietos.

El golpe

Una pala chocó contra una piedra. Ek vio primero las botas; después, las manos que apartaban tierra.

Había dos personas junto al cauce. Una sostenía un arbolito. La otra se arrodilló y le acomodó las raíces dentro del hoyo.

«Son los que hicieron la línea», susurró Ek.

Balam le cortó el paso con la cola.

«No lo sabemos.»

Las manos soltaron el árbol. Ek esperó que lo arrancaran de nuevo. En cambio, le arrimaron tierra al tallo y la apretaron despacio.

El joven abrió la boca para preguntar. Entonces vio lo que colgaba de un tronco.



El ojo



Una caja los miraba.

Tenía un ojo redondo y una correa apretada alrededor del árbol. Ek se hundió entre las hojas.

«Nos vio.»

Balam siguió la dirección del ojo. Apuntaba al sendero, no al escondite.

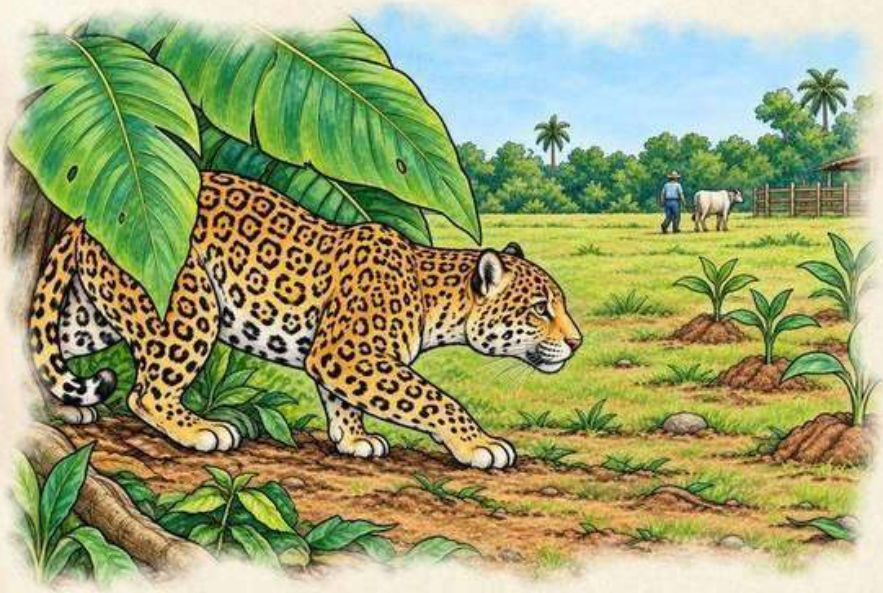
Una persona abrió la caja, tocó algo dentro y volvió a cerrarla. Se apartó sin mirar hacia ellos.

Toh bajó la voz.

«Los he oído nombrarla. Cámara trampa.»

Ek clavó las uñas en la tierra.

Esperar cuesta



«¿Trampa?»

Ek empezó a retroceder. Balam revisó el sendero: ninguna cuerda lo atravesaba, ninguna jaula esperaba entre los árboles.

«He visto lo que sacan de esa caja», dijo Toh. «Animales quietos, planos. Ninguno atrapado.»

El joven no parecía convencido.

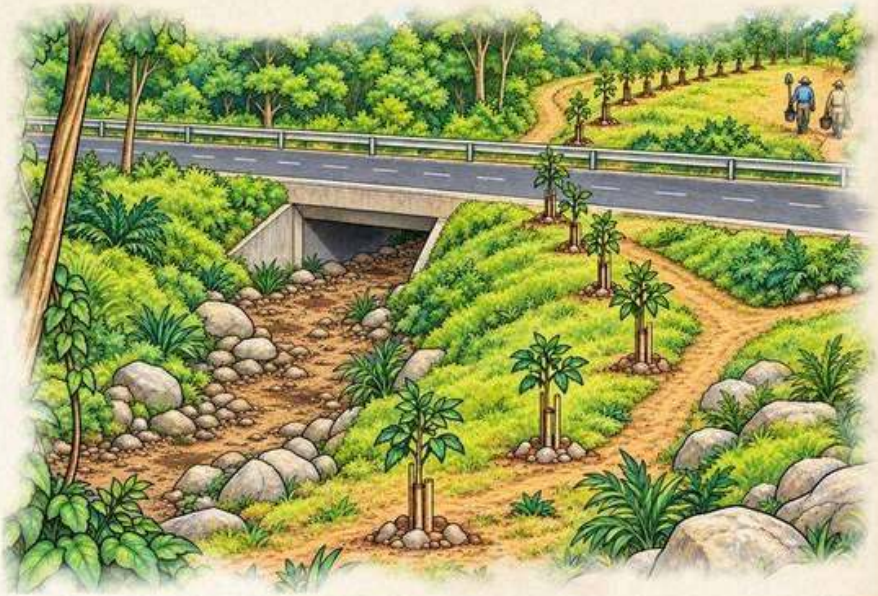
Del otro lado del claro, alguien llevaba una vaca hacia un corral apartado. Llevaban días así, contó el momoto: alejando el ganado de aquella entrada.

Ek miró los arbolitos, la caja, la vaca. Eran demasiadas cosas sin explicación para saber si debía huir o quedarse.

Balam se echó sobre las hojas.

«Esperamos.»

La franja nueva



Las personas se marcharon con la pala y las macetas vacías. Los jaguares esperaron hasta dejar de oírlas.

Balam salió del escondite y siguió la hilera de plantas. Ek avanzó detrás, sin perder de vista la caja.

Los tallos jóvenes unían el borde de la selva con el cauce. Al otro lado de la carretera continuaba otra hilera igual.

«Están plantando hacia allá», observó Ek.

Balam se detuvo al final de la hilera. Ahora veía lo que Toh había descubierto desde arriba.

El camino no tenía por qué pasar sobre el asfalto.

Por debajo

Debajo de la carretera se abría un paso ancho. El concreto cargaba los vehículos; abajo, el cauce dejaba una franja de tierra entre las piedras.

Ek se acercó hasta distinguir la vegetación del otro extremo.

«¿Lo hicieron para nosotros?»

«No sé para qué lo hicieron», respondió Balam. «Sé que las huellas entran.»

El joven volvió la cabeza. La cerca del ganado, apartada. Los arbolitos, en fila hacia la abertura. Las huellas pequeñas del barro, derechas hacia adentro.

Alguien había puesto todo aquello apuntando al mismo sitio.

Pero adivinar para qué servía la abertura no hacía más fácil entrar en ella.



Quién pasó primero



Balam recorrió la entrada con el hocico pegado al suelo. Olía a animales y a tierra húmeda. También a personas: ese olor era el más reciente.

Ek encontró una huella pequeña y la siguió hasta una piedra. Allí se acababa.

«¿Llegó al otro lado?»

«La piedra no guarda huellas.»

El joven buscó más adelante. No encontró otra.

Balam miró el cauce casi seco, miró la salida. Después apoyó una pata bajo el concreto.

Ek lo llamó antes de que diera el segundo paso.

«¿Y si el ruido vuelve cuando estemos dentro?»

El techo



Un automóvil pasó por arriba. Bajo la estructura sonó un retumbo corto. Balam esperó a que terminara.

«La carretera va por encima. Nosotros, por abajo. No nos tocamos.»

Ek miró el techo. Luego, el espacio entre las patas del guardián y la tierra.

«No te alejes.»

Balam echó a andar. Ek entró detrás, tan cerca que casi le rozaba la cola.

Cada pisada volvía convertida en un sonido ajeno. El joven se giró una vez: Toh seguía afuera, en su rama.

Se giró otra.

La entrada ya era más pequeña.

Arriba



Toh oyó el motor antes de ver el vehículo.

Un tráiler se acercaba al puente.

El momoto soltó la rama y voló hacia la salida del paso. Debajo, Balam y Ek seguían caminando.

La primera rueda alcanzó la estructura.

El ruido llenó el cauce de pared a pared.

Ek lo reconoció.

Era el rugido que lo había tirado entre las hojas.

Las patas no responden

Ek se quedó clavado.

El estruendo no venía de la curva ni del borde de la selva. Estaba encima, detrás, dentro de sus oídos. Miró hacia la entrada: por allí había llegado. Por allí podía salir.

Dio media vuelta.

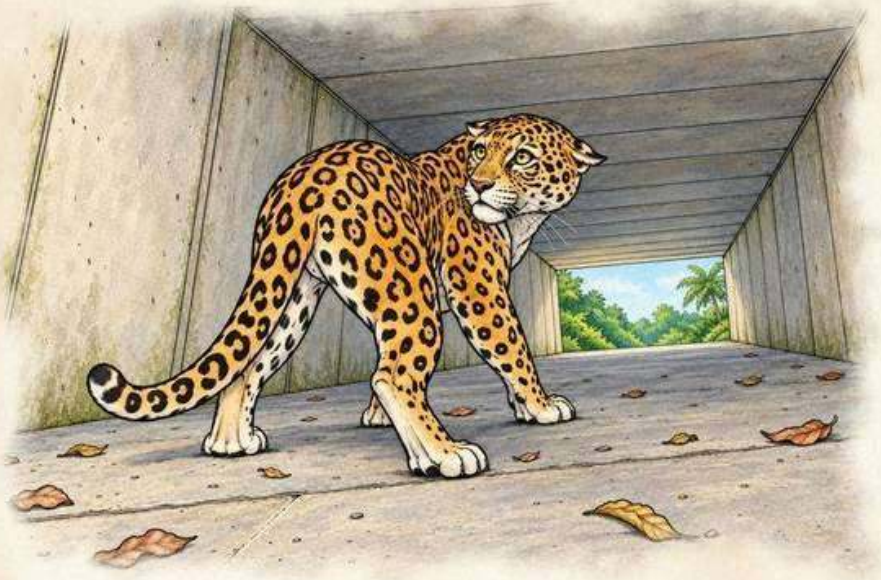
Balam sintió que dejaba de seguirlo.

«¡Ek!»

El joven no avanzaba ni regresaba. Tenía las uñas hundidas en la tierra y respiraba tan rápido que ya no encontraba el olor del agua.

El camión seguía pasando.

En medio del ruido, Balam buscó los ojos del aprendiz.



Mírame



«Ek. Mírame.»

El joven levantó los ojos.

«¿Dónde están tus patas?»

«Aquí.»

«¿Sobre qué?»

Ek tragó saliva.

«Tierra.»

Balam no se movió.

«¿Ves la salida?»

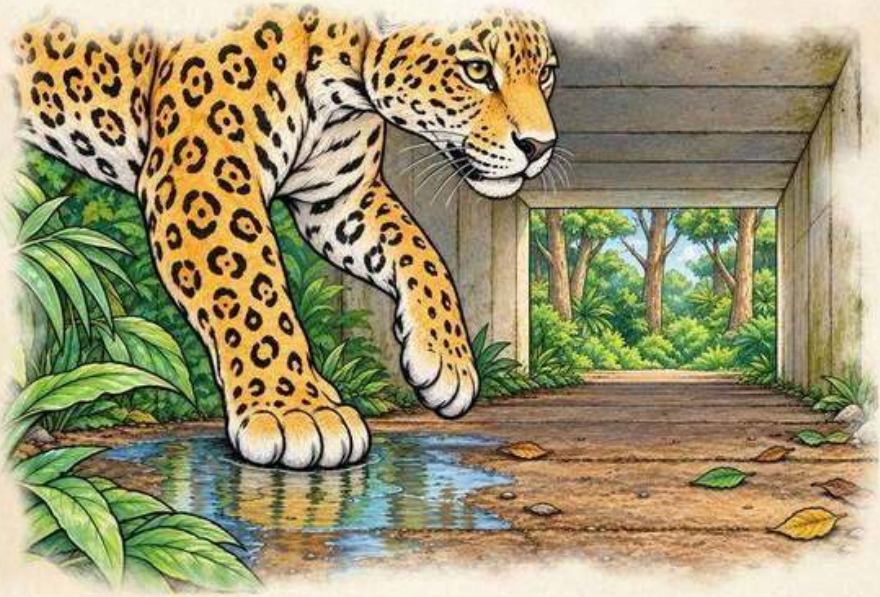
El joven giró apenas la cabeza. Más allá del hombro del guardián había hojas que se movían con el aire.

Las últimas ruedas dejaron el puente. El eco tardó un poco más en irse.

Balam esperó.

Ek levantó una pata.

Una piedra más



Ek apoyó la pata junto a una piedra húmeda. Después movió la otra.

Balam caminó al ritmo del joven, no al suyo. El joven clavó la vista en las hojas de la salida. Una piedra. Dos. Tierra blanda otra vez.

Toh apareció del otro lado, saltando entre dos ramas.

«¡Por aquí!»

Llegó olor a hojas podridas, a raíces mojadas. Ek aspiró hondo. Ya no necesitaba girarse a buscar la entrada.

El borde del techo pasó sobre su cabeza, después sobre su lomo.

Cuando su cola salió del paso, la carretera quedó entera detrás de él.

El brillo



Ek levantó el hocico. Entre los troncos había un reflejo que se movía sin viento.

Agua.

Se adelantó dos pasos y se detuvo para mirar a Balam.

«¿Esta sí?»

El guardián reconoció las raíces de la orilla. Por un momento vio a su madre bajando por allí, despacio, esperando a que él la alcanzara.

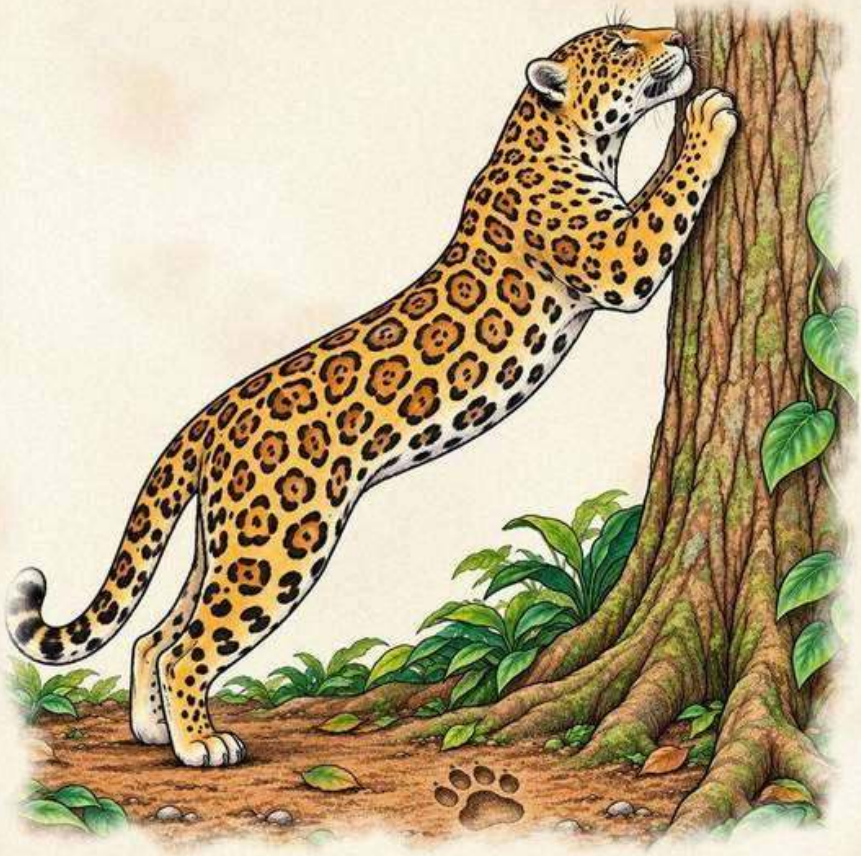
«Esta sí.»

El agua era la de su madre. El camino, no. Ese se lo había enseñado un pájaro.

Ek arrancó hacia la aguada. A medio camino frenó y volvió junto al tronco que Balam estaba olfateando.

«Primero falta una cosa», dijo el joven.

Aquí pasó Ek



Ek se estiró contra el tronco. Dejó su olor, bajó las patas y raspó la tierra de la orilla.

Después hundió una pata en el barro.

Cuatro dedos. Una almohadilla ancha. Su huella.

Balam olfateó la marca nueva.

«Ahora sí», dijo.

Ek miró el sendero que salía del paso.

La marca no se veía desde la carretera. No hacía falta. Estaba justo donde otro jaguar iba a encontrarla.

Lo que guardó el ojo

Ek pasó frente a la caja camino del agua. Esta vez no se escondió.

Clic.

Ninguna mancha de su costado era igual a las de Balam. Ni a las de ningún otro jaguar.

«¿Ya saben que cruzamos?», preguntó el joven.

Toh ladeó la cabeza hacia el ojo redondo.

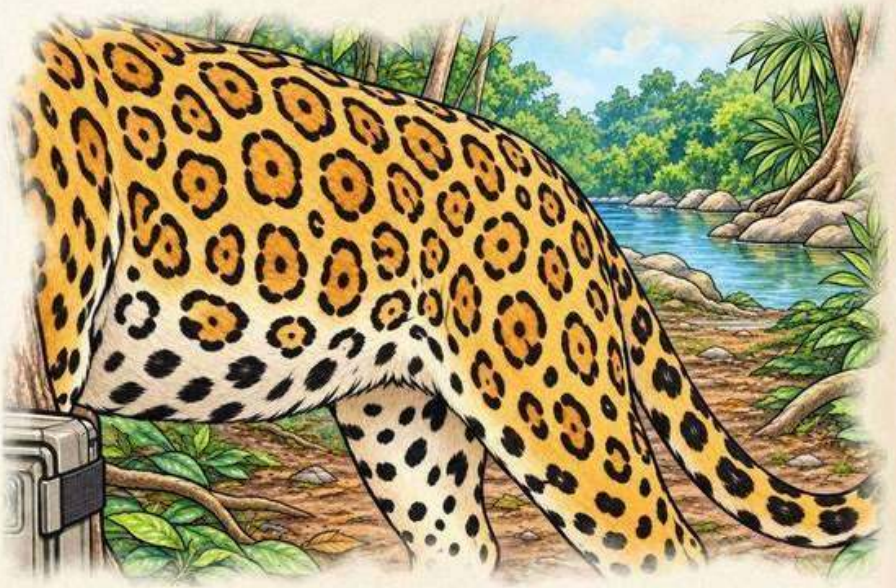
«Lo sabrán cuando miren lo que guardó.»

Balam se detuvo al borde de la aguada.

«Entonces tendrán que seguir mirando. Y regando.»

Ek volvió la vista hacia el paso. La caja ya tenía su imagen. A la hilera de árboles le faltaban muchas lluvias para ser selva.

Entonces el agua le rozó las patas.



La otra orilla



Ek bebió. El agua deshizo en círculos el reflejo de su hocico. Balam bajó a su lado y bebió también.

«La gente no siempre es la línea», dijo el joven. «A veces es el túnel.»

Balam levantó la cabeza. A lo lejos pasó otro camión. Ek lo oyó, y siguió bebiendo.

«Por ese paso vendrán otros», respondió el guardián. «Y encontrarán tu marca.»

Toh se sacudió en su rama. Cuando amaneciera, alguien volvería a regar los árboles y a abrir la caja.

Y allí estaría Ek, del otro lado.

Las pruebas de la historia



Pista 1: las manchas. Las rosetas de un jaguar son como tus huellas digitales: no hay dos iguales. Por eso una sola foto de cámara trampa basta para saber quién pasó por ahí.

Pista 2: la selva en pedazos. Una carretera puede partir una selva en dos. Si los jaguares de un lado nunca llegan al otro, terminan formando familia solo entre parientes, y eso los debilita. Los pasos de fauna y las hileras de árboles vuelven a unir los pedazos.

Pista 3: lo inventado. Los jaguares de verdad no hablan y casi siempre andan solos. Balam, Ek y Toh caminan juntos porque así se cuenta mejor esta aventura. El susto de Ek en el túnel también es parte del cuento.

Tu turno. Dibuja tus propias rosetas: un patrón que nadie más tenga. Y si un día visitas un paso de fauna, míralo de lejos y acompañado. Ese camino es de ellos.

¿Y si el camino desaparece?



Balam recuerda la ruta. Ek cree que puede cruzarla de un salto. Una carretera está a punto de demostrarles que los dos se equivocan.

FAUNA Guardianes
Adaptación ampliada del guion «BALAM», *Podcasts* V2, pp. 77-82. Conserva los personajes y el conflicto original. La búsqueda de pistas y el sobresalto dentro del paso desarrollan la tensión del relato.

Conoce las tarjetas del juego

Escanea y explora las cartas de FAUNA Guardianes en todos los idiomas.

betafaunaguardianes.pages.dev

Ciencia consultada
Panthera: panthera.org/cat/jaguar
Corredores: panthera.org/pantheras-jaguar-program
Cámaras: Harmsen y cols. (2017).
DOI: 10.1371/journal.pone.0179505

Tercera versión · Septiembre de 2026